

Al Hipogrifo, que á su lado estaba;  
 Pero temió que, si su plan llegaba  
 Alcina á penetrar, lo hiciera vano.  
 De Melisa ademas el cuerdo aviso  
 Escuchando, no quiso  
 Empezar su carrera  
 Sobre tan viva é inobediente fiera.  
 De allí sacándola al siguiente dia,  
 Le ofrece la hechicera  
 Explicarle despacio la manera  
 De regirla segun su fantasía.  
 Con este ardid, el paladin se aleja  
 Del palacio fatal de la impía vieja,  
 Y, de nuevo emprendiendo su jornada,  
 Marcha de Logistila á la morada.  
 A las puertas llegando,  
 A sus guardas ataca á la improvisa;  
 Y, sin que nadie á su furor resista,  
 Espanto y muerte entre ellos va sembrando.  
 Pasa el puente por fin, y su carrera  
 De tal modo acelera,  
 Que hallarse léjos debe  
 Antes que de su fuga  
 La noticia á la mágica se lleve.  
 Mas mientras llega el héroe á su destino  
 Otro canto dirá lo que le avino.

### CANTO VIII.

Después de mil trabajos, llega Roger á la morada de Logistila, donde encuentra á Melisa y al duque Astolfo. — Reinaldo obtiene socorros de tropas de los reyes de Escocia y de Inglaterra. — Angélica discurre por el mar montada en el caballo encantado. — Cae en manos del ermitaño, y luego en poder de unos piratas. — Parte Orlando en busca de ella.

¡ Cuánta Melisa, oh cielos, cuánto Atlante  
 Incógnito en el orbe se pasea,  
 Que, cambiando de voz y de semblante,

En cautivar las almas se recrea,  
 Sin que para ésto menester le sea  
 Demonios invocar ni observar astros,  
 Que el engaño y la intriga  
 Coronan casi siempre su fatiga!  
 De Melisa, ó mas bien del sano juicio,  
 Quien el precioso anillo poseyera,  
 Sin esfuerzo pudiera  
 La verdad distinguir del artificio.  
 Dicha fué pues del héroe, y no pequeña,  
 Aquel dije tener que de lo falso  
 Lo verdadero á discernir enseña.  
 Dicho va cual armado hácia la puerta  
 Llegó Roger, y cual amedrentada  
 Deja á la chusma, ó muerta  
 A los terribles golpes de su espada.  
 La puerta pasa y en los bosques entra.  
 Sobre un rocín estético montado,  
 Allí de Alcina á un servidor se encuentra,  
 Que un lijero lebrél lleva á su lado,  
 Y en su diestra un milano  
 Que en lanzar cada dia  
 Para hacer presas, ora por el llano,  
 Ora al vecino estanque, se placia.  
 Al ver al héroe, la presteza viendo  
 Con que, aguijando á su corcel, camina,  
 No tarda en sospechar que viene huyendo  
 De la mansion espléndida de Alcina.  
 Acércasele pues, y, en voz grosera,  
 La causa que sus pasos precipita  
 Pregunta al paladin, que no contesta.  
 Furioso aquel entónces, le denuesta,  
 Y, el brazo alzando, grita :  
 « ¿Qué dirás tú si yo te cierro el paso?  
 « ¿Resistir al halcón piensas acaso? »  
 Dice; y al ave lanza,  
 Que al veloz Rabicano en breve alcanza.  
 A tierra salta el rústico en seguida,



Y quitando la brida  
 A su rocín, lijero como el dardo,  
 Suéltalo contra el paladin gallardo,  
 A quien muerde y acosa. Sin tardanza  
 Hacia él acude el rústico, seguido  
 De su lebrél, veloz cual leopardo  
 Que á la liebre persigue en el ejido.

Roger, que á mengua no esperar lo tiene,  
 Al villano se acerca;  
 Pero su espada desnudar desdeña  
 Al verle armado solo de la vara  
 Con que al lebrél obedecer enseña.  
 Su tiempo, empero, el rústico no pierde  
 Y al héroe acosa con la vara, en tanto  
 Que, por el lado izquierdo, el can le muerde.  
 Por el derecho, en esto, le acomete  
 El rocín con los dientes y pezuñas,  
 Y, en torno suyo, infatigable vuela  
 El presto halcón, que con punzantes uñas  
 Al caballero ofende  
 Y al corcel, que á la espuela  
 Y al freno, amedrentado, ya no atiende.

Viendo entónces Roger que en vano quiere  
 Dispersar á la turba que le ataca,  
 El fuerte acero saca;  
 Al can, al ave, al siervo, al rocín hiere:  
 Y, conociendo en fin que esta demora  
 Puede serle funesta,  
 Pues á partir se apresta  
 En su busca la altiva encantadora;  
 Y que ya, por los valles y colinas,  
 De atambores, campanas y bocinas  
 El sonido se escucha,  
 Poner fin piensa á tan extraña lucha.

Del escudo de Atlante  
 Alza el rojo cendal. La lumbre viva,  
 Produciendo su efecto, en el instante  
 Al cazador de sus sentidos priva;



Roger se sirve del escudo encantado. (T. I, p. 110.)



El caballo y el can vienen al suelo,  
Y del halcon inmóviles las alas  
Quieren en vano sostener su vuelo.  
Sumidos en letargo así los deja,  
Y de aquel sitio el buen Roger se aleja.

La maga, en tanto, que la fuga sabe  
Del héroe y la reyerta  
En que, guardando el paso de la puerta,  
Muerta quedó gran parte de sus tropas,  
Sumergida en dolor, rasga sus ropas,  
Los cabellos se mesa,  
Su imprevisión estúpida confiesa  
Y manda que, á lidiar apercebida,  
En torno suyo, sin tardanza alguna,  
Su gente toda en huestes se reuna.

De esta gente, en seguida,  
Dos divisiones hace. A la una dellas  
Seguir intima de Roger las huellas.  
Ella luego, saltando sobre un leño,  
A la segunda hueste se reune;  
Y es tal su afán de que no quede impune  
La infiel conducta del que fué su dueño,  
Que, por seguir al jóven á quien odia,  
Deja todo su reino sin custodia.

No á Melisa podía  
Presentarse ocasion mas favorable  
De librar á los héroes que, implacable,  
Alcina en sus prisiones detenía.  
Con este objeto, márchase al palacio;  
Sus muros ve de imágenes cubiertos,  
Y en sus salas y pórticos desiertos  
Los ingredientes halla, talismanes,  
Nudos, rombos y cuantos  
Instrumentos destina á sus encantos.

Unos quebrando y dando otros al fuego,  
A los jardines se dirige luego,  
Donde de Alcina encuentra á los amantes;  
Y, con su antigua forma, les devuelve



La libertad de que gozaban antes.  
Agradecidos ellos  
En busca parten de Roger, y llegan  
De Logistila á los estados bellos.  
De allí, distinto giro  
Tomando; cual á Grecia se encamina,  
Cual á la Escitia, á Persia ó al Epiro.

Astolfo fué de todos el primero  
Que probó del anillo la virtud.  
Por Roger la hechicera prevenida  
Fin poniendo á su larga esclavitud,  
Le torna á dar aquella lanza de oro  
Que, con un solo golpe,  
A un hombre saca del arzon. Del moro  
Argalia fué; mas tarde  
Vino á poder del príncipe britano,  
Y en una y otra mano  
A la Galia asombró con su pujanza.

Sus armas todas, con aquesta lanza,  
Al paladin la mágica entregando,  
Para partir le encarga que se apronte,  
Y, el alado corcel luego ensillando,  
A Astolfo manda que en su grupa monte.  
Así de Logistila  
A los reinos se parten, donde aguardan  
Mas de una hora á Roger, cuyo camino  
Invencibles obstáculos retardan.

Por medio á la maleza,  
Con penas mil, los fosos y peñascos  
Que le obstruyen el paso, atravesando,  
Llega en fin, fatigado y casi muerto,  
A un páramo desierto,  
Cuyos límites son el mar y un monte.  
Su ceñido horizonte,  
Extendiéndose solo á mediodía,  
Su estéril suelo abrasa de manera,  
Que á su contacto el vidrio  
Sobre la arena líquido corriera.

Nada respira allí. De la agorera  
Cigarra solo el importuno acento  
De rama en rama hace correr el viento.

Mas de asunto me obliga  
Mi deber á cambiar de cuando en cuando;  
Así, de sed, y de hambre y de fatiga  
Al buen Roger aquí dejo espirando,  
Y tras Reinaldo á Escocia emprendo el vuelo.

Por el rey, por Ginebra y por la corte  
De júbilo acogido con transporte,  
La causa que á aquel suelo  
Sus pasos guia al paladin expone,  
Diciendo que de Escocia y de Inglaterra  
A pedir el auxilio se dispone  
En nombre de su rey. El riesgo grave  
Que amaga á Carlos, de tal modo sabe  
Pintar, que del anciano la respuesta  
Fué que, por ir de Carlos al socorro,  
Su gente toda hallábase dispuesta  
Y que, su edad no obstante,  
Él mismo al frente della se pondría  
Si encomendar su mando no pudiera  
A un hijo suyo de alta nombradía  
A quien en breve ver llegar espera.

Soldados entretanto  
Y caballos y naves habilita,  
Oro prepara, víveres y cuanto  
Para esta expedicion se necesita.  
Y cuando hácia Bretaña

Reinaldo parte, él mismo le acompaña  
De su país á la última frontera,  
Do diz que tiernas lágrimas vertiera.

Próspero viento del bajel henchía  
Las blancas velas, cuando en él Reinaldo,  
De todos despidiéndose, subía.  
Alzada el ancla, en breves horas llega  
Allá do al mar hinchado  
Su depósito el Tamesis entrega.



Por el flujo del mar luego empujado,  
Se halló bien pronto á Lóndres transportado.

De Cárlos y de Oton, rey de Inglaterra,  
Que con Cárlos sitiado  
Se halla en Paris, al príncipe de Gales  
Lleva el hijo de Amon órdenes tales,  
Que en el preciso término muy breve  
Caballos y hombres debe,  
Armas y buques preparar, y junto  
Todo á su auxilio despachar al punto.

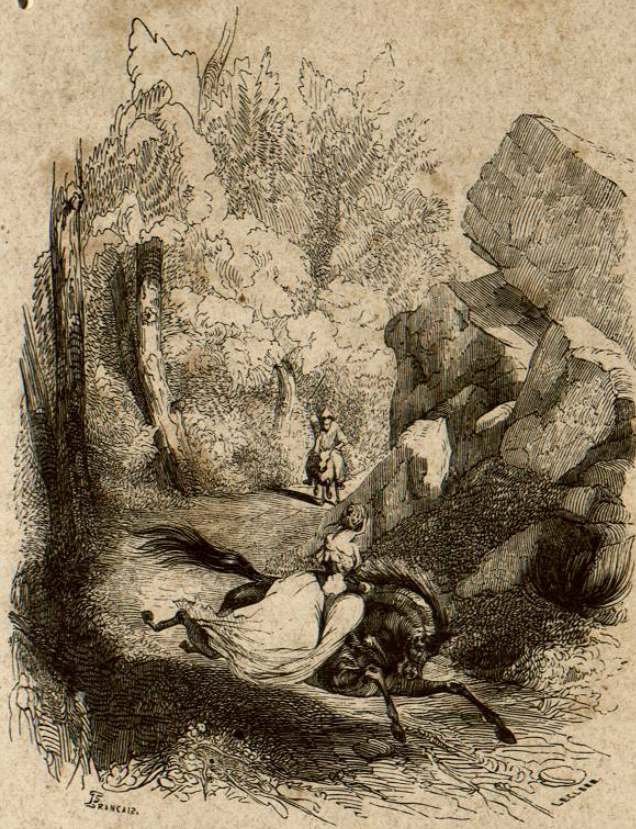
El príncipe que he dicho, en cuya mano,  
Por ausencia de Oton, estan las riendas  
Del imperio britano,

Al buen Reinaldo obsequios tales hace  
Cual los hiciera al mismo soberano;  
Y á su demanda al punto satisface,  
Fijando el día en que la escuadra nueva  
A las costas de Francia partir deba.

Mas, cual suele hábil músico á menudo  
Cambiar de cuerda por variar de tono,  
Ora el grave empleando, ora el agudo,  
Tal, por hablar de Angélica, aqui dejo  
Al bravo paladin de quien huía  
Cuando topó con el astuto viejo.

Tanto al de Amon Angélica temia,  
Que, pensando que Francia, Europa entera,  
Darle seguro asilo no podia,  
Si del mar no mediaba la barrera,  
La bella dama con afan la via  
Preguntaba que al puerto conducia.  
Mas el viejo, que siente  
Con violencia latir su helado pecho,  
De indicarle el camino no se cura;  
Antes su viaje detener procura.

Vano, empero, es su afan. A su despecho  
Alejarse la ve. De su asno lento  
En vano el movimiento  
Pretende acelerar, y persuadido



Angélica huyendo del viejo ermitaño. (T. I, p. 114.)

UNIVERSIDAD DE BURGOS  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO EL  
MAGNO"  
1977



Que seguirla no puede, y que su pista  
Va por siempre á perder, del hondo Averno  
Convoca á las deidades. A su vista  
Una, entre otras muchas, comparece,  
Que habla con él, y parte y se introduce  
En el corcel que á Angélica conduce.

Cual can sagaz que, en conocido monte,  
Liebre ó zorra persigue,  
Su huella tal vez sigue,  
Tal vez no, que cortando  
Llega mas pronto al fin de su carrera,  
Do á su víctima espera;  
Así el viejo falaz de la doncella,  
Sin tanto caminar, sigue la huella.  
Ella entretanto, que su objeto ignora,  
Tranquila sigue, haciendo  
Ora largas jornadas, cortas ora.

Así llega á la orilla  
Del mar que en torno á los gascones brama,  
Y por la arena que, mojada, brilla,  
Sigue su viaje la afligida dama,  
Cuando hé aquí que, por el monstruo horrendo,  
Que en su seno se abriga, estimulado  
El palafren, á nado  
Nuevo camino por la mar emprende  
Con el freno hácia tierra  
Volverle en vano Angélica pretende;  
Al ver su riesgo la infeliz se aterra,  
Y en el arzon, exánime, se afana.

Del muslo en torno recogido habia  
Su vestido, y, las olas evitando,  
Levantaba los pies cuanto podia.  
Por sus espaldas cándidas flotando  
Sus hermosos cabellos,  
Del Céfito lascivo eran juguete;  
Que, tanta gracia contemplando atentos,  
Ni osaban respirar los demas vientos.

En vano, en vano, sus hermosos ojos,